

Title	Biografía y obra en Juan Rulfo : un análisis de "Diles que no me maten".
Author(s)	Bahamonde, Hernán Silva
Citation	Estudios Hispánicos. 1989, 14, p. 29-40
Version Type	VoR
URL	https://hdl.handle.net/11094/97913
rights	
Note	

Osaka University Knowledge Archive : OUKA

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

Osaka University

Biografía y obra en Juan Rulfo: un análisis de “Diles que no me maten”.

Hernán Silva Bahamonde

Juan Rulfo fue un hombre tímido, que pasó su vida huyendo del reconocimiento del público y del asedio de periodistas y de críticos. Estoy cierto de que tras esta actitud había algo más que timidez. Había una búsqueda de autenticidad. Naturalmente, esta búsqueda de lo auténtico frente a lo engañoso, de lo verdadero frente a lo falso tenía que llevarlo al rechazo de los medios publicitarios de la sociedad actual. Uno de los tantos recursos para evitar que su vida familiar fuera transformada en un espectáculo público, fue negar sistemáticamente que su historia personal tuviera algo que ver con su literatura. Siempre sostuvo que sus personajes y las anécdotas de sus cuentos y de su novela eran inventados, que él no se inspiraba en sucesos autobiográficos para construir sus relatos literarios.¹ El acto mismo de escribir lo concebía como un acto personal e íntimo que no debía ser objeto de publicidad. Se ocultó siempre por timidez y por convicción. Estaba convencido de que un artista no debía exhibirse como una mercancía, imponer su imagen al público buscando la publicidad de cualquier manera. A los que lo hacían los llamaba “payasos”, lo cual le creó un montón de enemigos abiertos o solapados, sobre todo solapados, que lo atacaban o trataban de crear un muro de silencio a su alrededor.

Uno de sus mejores críticos, Hugo Rodríguez Alcalá, nunca pudo entrevistarle. Por muchos días Rulfo postergó la entrevista y eludió al crítico en esa enorme Ciudad de México, que para muchos extranjeros puede ser un laberinto. Al final, Rodríguez Alcalá desistió y abandonó el país. Publicó su libro *El arte de Juan Rulfo* sin contar con la entrevista que había previsto y que pudo haber sido una de las más interesantes que se le hicieran al novelista jalisciense. Luis Harss tuvo más suerte o tuvo más tenacidad, o las dos cosas, y después de muchos días de citas postergadas logró entrevistarle. Veamos lo que obtiene sobre la muerte del

padre de Juan Rulfo, acontecimiento fundamental para los objetivos de este trabajo. Toda la información que logra reunir queda contenida en una sola frase:

“En los primeros meses de la guerra perdió a su padre”.²

Se sugiere, aunque no se dice explícitamente, que el padre habría muerto en la guerra y nada más.

En su tarea de proteger su vida privada del entrometimiento de los críticos y periodistas, fue ayudado por sus amigos. El hecho es que en el momento de su muerte, su biografía se conocía de manera muy general, de manera muy esquemática, con enormes lagunas, y sin duda en lo que se conoce hay una gran cantidad de datos erróneos o tan vagos que casi no tienen ningún valor para el historiador de la literatura mexicana.

Cuando muere Rulfo, en enero de 1986, en la prensa mexicana, aparecen muchos comentarios, entrevistas, reportajes, artículos, etc. que repiten o aportan nuevos datos y apreciaciones sobre la vida y la obra del autor de *Pedro Páramo*. Un periodista del diario *La jornada* publica varios reportajes sobre la región donde nació y pasó su niñez. Y éstos son los nuevos datos que proporciona sobre la muerte del padre de Rulfo, Juan Nepomuceno Pérez Rulfo, al que los lugareños llaman, de una manera familiar, don *Cheno*.

Don *Cheno* llamó la atención de manera airada, “-y por poco le da unos chicotazos- porque sus animales se habían metido en sus potreros”,³ a Lupe Nava, hijo del presidente municipal de Toluca, don Ambrosio Nava. Lupe, muy joven sin duda y a quien llamaban *Lupillo*, se sintió profundamente herido en su amor propio. El día del crimen, *Lupillo* se pasó toda la mañana bebiendo mezcal con unos amigos en una taberna para tratar de olvidar la ofensa o para hacerse de valor. En medio de la borrachera y la furia, poco a poco se fue imponiendo la idea de la venganza.

En seguida regreso -les dijo Nava a sus amigos de parranda- voy a encaminar a don *Cheno*.
Y dio vuelta a su caballo en la misma dirección del de don Nepomuceno que ya lo aventajaba en el camino.
—Lo acompañaré, le gritó cuando ya estaba más cerca de él.
—Está bien, respondió entre dientes y malhumorado don *Cheno* que era alto, medio fornido y güero.
Lupe apuró a su bestia hasta alcanzarlo.
Habrían caminado escasamente 15 minutos el uno tras el otro, cuando al trasponer el arroyo “La Agüita”, en uno de los confines del Llano Grande -camino a Tuzcacuesco y Tonaya, entre Paso Real y Chachahuatlán, donde la tierra es generosa- *Lupillo* descargó con furor, y por detrás, todos los tiros que el arma tenía.⁴

En el lugar donde cayó muerto don Juan Nepomuceno hay una cruz y un nicho blancos. En torno, hay muchas piedras que los caminantes han transportado desde largas distancias como penitencia y para que el muerto esté en la gloria.

Y termina su relato Felipe Cobián de la siguiente manera:

Fue entonces, cuando apenas tendría 6 años de edad, que Carlos Juan Nepomuceno Pérez Vizcaíno (Juan Rulfo) vio a su padre, don *Cheno* (Juan Nepomuceno Pérez Rulfo), tendido, asesinado apenas unas horas antes por una nimiedad.⁵

El texto de Felipe Cobián deja claro que el padre de Rulfo no murió en la Guerra de los Cristeros, sino que fue asesinado por un conflicto con uno de sus vecinos, por una “nimiedad”, como dicen los habitantes del lugar. Sin embargo, lo verdaderamente interesante para la literatura es que años después Juan Rulfo escribió un cuento extraordinario, uno de sus mejores cuentos, cuyo argumento se asemeja asombrosamente al suceso de la muerte de su padre. El cuento se titula “¡Diles que no me maten!” y la historia que cuenta es la siguiente:

Don Lupe Terreros y Juvencio Nava viven en Alima, son compadres y sus terrenos están colindantes. Se enemistan porque don Lupe le niega el pasto para sus animales a Juvencio en una época de sequía. Cuando los

animales empiezan a morir de hambre, Juvencio rompe una y otra vez la cerca y los echa a los potreros empastados. Los compadres discuten sin llegar a ponerse de acuerdo; hasta que un día don Lupe le advierte a Juvencio que si echa una vez más los animales a su terreno se los va a matar. Le mata un novillo y Juvencio, en venganza, lo asesina: le da de machetazos y después le clava una pica de buey en el estómago. Agoniza por más de dos días tirado en un arroyo. Muere pidiendo que le cuiden a su familia. La viuda también muere pronto de pena y los dos hijos de don Lupe, muy pequeños todavía, son llevados lejos por unos parientes. Juvencio Nava pensó que con unos cien pesos todo se arreglaría. Pero no fue así: el juez y la policía recibieron el soborno y, no obstante, siguieron persiguiéndolo. Poco a poco se fueron apoderando de la justicia, los vecinos de Alima- de todo lo que tenía. Abandonó el lugar y se fue a vivir junto con su hijo a un terrenito llamado Palo de Venado. Pasó su vida huyendo de la justicia, huyendo de la muerte. Cuando ya es viejo, cuando cree que ese asunto está definitivamente olvidado, y que podrá pasar los últimos años de su vida tranquilo, llegan unos hombres una tarde y se lo llevan. Caminan toda la noche y en la madrugada llegan a su destino. Le avisan al coronel que ya han llegado con el prisionero. El coronel es uno de los hijos de don Lupe Terreros y ordena que lo maten, que lo fusilen por haber asesinado a su padre hace treinta y cinco años. Fusilan a Juvencio Nava y su hijo Justino recoge el cadáver y se lo lleva para velarlo.

La similitud entre el suceso de la muerte del padre de Rulfo y la historia que se cuenta en “¡Diles que no me maten!” es evidente. Detalles más detalles menos, el motivo del asesinato es el mismo: unos animales que entran a pastar a los potreros de un vecino; el apellido del asesino en ambos casos es Nava; tanto don Lupe como don *Cheno* dejan hijos pequeños huérfanos; etc. Es imposible no pensar que Juan Rulfo tenía en su mente el recuerdo de la muerte de su padre cuando escribió este cuento.

Ahora bien, lo interesante para el crítico no es descubrir que Rulfo, a pesar de sus declaraciones en sentido contrario, sí utilizaba elementos

autobiográficos para la elaboración de sus relatos. Lo interesante es analizar lo que Rulfo conservó del suceso biográfico, lo que dejó de lado, lo que cambió o lo que agregó. En otras palabras, lo verdaderamente importante es lo que hizo con ese material biográfico, cómo lo trabajó para producir un cuento de extraordinaria calidad literaria. Precisamente éste es el objetivo del trabajo, aunque con limitaciones en su extensión para cumplir con las exigencias de la revista. Este artículo se va a limitar al análisis del episodio del asesinato y se va a concentrar en las categorías de personaje y acontecimiento.⁶

El asesinato.

Es en esta parte del relato donde aparecen de una manera más clara los elementos biográficos que utilizó Rulfo en la elaboración de su cuento. Sin embargo, no reprodujo fielmente el acontecimiento familiar. Introdujo cambios, desechó detalles y agregó otros. El resultado es un conjunto muy integrado de indicios que apuntan desde el principio hacia la unidad y coherencia del cuento como un todo. Unidad y coherencia que se sostienen por una historia y por un personaje. La historia que cuenta Rulfo en “¡Diles que no me maten!” es la historia de Juvencio Nava, que asesina a su compadre don Lupe Terreros, vive huyendo de la justicia durante treinta y cinco años, y finalmente lo atrapan y lo fusilan por orden del hijo de su víctima. Los otros personajes son secundarios y juegan papeles de relativa importancia en la historia del personaje principal.

En el relato de Felipe Cobián, la descripción de don *Cheno*, el padre de Juan Rulfo, es muy somera, pero suficiente para establecer una comparación con el personaje literario. Físicamente es un hombre adulto, alto, medio fornido y güero. Ocupa un lugar relevante en esa sociedad campesina por el poder que le da su riqueza y por su condición de hombre íntegro y respetable. Sólo así se explica que pueda regañar duramente al hijo de una persona poderosa, al hijo del presidente municipal de Tolimán, y que reciba el tratamiento de “don”. Sabe defender con vigor su propiedad y no está dispuesto a dejarse atropellar

en sus derechos por nadie, y menos por un jovencuelo como *Lupillo*. En otro reportaje del mismo Felipe Cobián queda asentado sin lugar a dudas que tenía cuatro hijos: Severiano, Francisco, Juan y Eva.⁷

Por su parte, Guadalupe Nava es una persona muy joven, tal vez un adolescente. Aunque no lo diga Felipe Cobián, tiene las características de un hijo consentido de un padre rico y poderoso. La gente lo llama *Lupillo*, clara señal de que todavía no lo consideran un hombre. Y ésta es precisamente la raíz de su conflictiva personalidad. Aunque todavía no lo es, él quiere ser hombre y quiere que lo traten como tal. Don *Cheno* lo trata como a un niño: lo regaña con firmeza por haber hecho una maldad y está a punto de agregar a la regañada unos chicotazos. Con un hombre se discute, a un niño se le regaña. El padre de Rulfo, con esto, da por terminado el asunto; sin embargo, *Lupillo* queda furioso y no sabe cómo restaurar su hombría menoscabada. Por eso bebe como bestia y de esa borrachera obtiene el suficiente valor para cometer un crimen alevoso y cobarde. *Lupillo* está todavía a mucha distancia de don *Cheno*; para ser su igual, primero tiene que pasar de *Lupillo* a Lupe -de niño a hombre-, después, de Lupe a don Lupe -de hombre a hombre respetable y poderoso-.

El relato que Felipe Cobián obtiene de los campesinos de Jalisco sobre la muerte del padre de Rulfo es muy sencillo. Los animales de Guadalupe Nava entran en los potreros de don *Cheno*. Este regaña a *Lupillo* como a un niño y por poco le da unos chicotazos. Lupe Nava se pone furioso, pero no se atreve a enfrentarse con su vecino. Algún tiempo después viene la venganza y es la venganza de un muchacho cobarde e inseguro de sí mismo: se emborracha con sus amigos y después engaña a don *Cheno* diciéndole que desea acompañarlo; al pasar el arroyo “La Agüita”, le descarga por la espalda todas las balas de su revólver. Así fue como Juan Rulfo quedó huérfano a la edad de seis años y la imagen de su padre asesinado por una “nimiedad” no debe haberse borrado nunca de su memoria. Poco tiempo después muere su madre y el resto de su niñez la pasa en un orfanato en Guadalajara. El colegio tenía un sistema

elecciones del autor de “¡Diles que no me maten!”. Seguramente algún día los estudiosos de la vida de Juan Rulfo darán explicaciones satisfactorias al respecto.

Pasemos ahora a una comparación entre don *Cheno* Pérez Rulfo y su equivalente literario, don Lupe Terreros. Rulfo no describe los rasgos físicos de su personaje literario. Decisión nada extraña, porque en toda su obra son escasísimos los detalles físicos de los seres humanos. Sólo de vez en cuando aparecen y en los casos en que son absolutamente indispensables para la trama del relato. La mirada de Rulfo siempre está concentrada en la vida interior de sus personajes. En cambio, conserva las otras características de su padre. Es un hombre rico, pues no sólo posee terreno, sino que ese terreno parece ser de excelente calidad y con abundante agua, lo que le permite mantener empastados sus potreros aun en una época de sequía. Seguramente tiene un poco más de treinta años, porque sus hijos son pequeños todavía; pero es evidentemente mayor que Juvencio Nava, que tiene veinticinco años. Juvencio lo trata de “usted” no sólo porque es rico y tiene más edad que él, sino también porque ocupa un lugar respetable dentro de esa sociedad rural. Por el contrario, don Lupe trata de tú a Juvencio Nava. Al igual que el padre de Rulfo, defiende sus intereses con firmeza y con mesura; si le mata un novillo a Juvencio es porque el no hacerlo hubiera significado un acto de cobardía, una manera de ceder ante los atropellos de un individuo prepotente y ventajista. Es una persona que asume plenamente su papel de jefe y protector de su familia; cuando está agonizando no se preocupa de sí mismo, sino de pedir que cuiden de su familia. Este rasgo de su carácter no aparece en el relato de Felipe Cobián, pero eso no quiere decir que en realidad no lo haya tenido don *Cheno* Pérez Rulfo. Por lo tanto, en el cuento, Rulfo no se aparta, sino que refuerza la imagen que da Cobián. Posiblemente éste sea el personaje literario que más se acerca a la imagen que Rulfo tenía de su padre: don Lupe Terreros es un hombre rico, poderoso, respetable, mesurado y protector de su familia.

En verdad, los hombres ricos y poderosos en el mundo imaginario

carcelario terrible y, según propia confesión, allí entró en un estado depresivo que no lo abandonaría el resto de su vida.

En el cuento, el personaje equivalente al padre de Rulfo es Guadalupe Terreros, y el equivalente a Lupe Nava es Juvencio Nava. El cambio de nombres es lo primero que llama la atención. Es evidente -creo- que Rulfo con el cambio trataba de borrar las huellas del asunto biográfico que estaba trabajando y de reafirmar ante sí mismo y ante el lector el carácter ficticio de sus personajes literarios. Apartarse de la verosimilitud biográfica le dejaba la libertad necesaria para realizar sus propósitos artísticos. Ahora bien, el abandono de los nombres reales -excepto el apellido Nava, que se conserva en el cuento- permite a Rulfo utilizar otros nombres, con valor simbólico. Terreros significaría el poseedor de la tierra, el hombre apegado a la tierra. Juvencio sugeriría la juventud del asesino, una juventud impetuosa y descontrolada que lo lleva a matar a su compadre, a cometer el más grande error de su vida. El valor simbólico de los nombres ha sido señalado reiteradamente por la crítica, especialmente en la novela *Pedro Páramo*. No me parece un aspecto muy interesante del estilo de Rulfo, es más bien un resabio del simbolismo de los nombres de las grandes novelas regionalistas de los años veinte. Los problemas más atractivos de los nombres en este cuento tienen que ver más con la biografía de Rulfo que con el sentido literario de esta pequeña obra. Dichos problemas son dos:

1. El asesino de su padre se llamaba Guadalupe. En el cuento se llama Guadalupe no el asesino, sino el personaje asesinado, es decir, el doble literario del padre de Rulfo. ¿Por qué el escritor realizó este sorprendente cambio? El nombre Guadalupe -nombre de la virgen patrona de México- pasa de Guadalupe Nava a Guadalupe Terreros.
2. El asesino en la vida real y el asesino en el mundo de ficción son personas en cierto sentido bastante diferentes; sin embargo, Rulfo conserva el mismo apellido del asesino de su padre, Guadalupe Nava, en el personaje de su cuento, Juvencio Nava.

No tengo una interpretación razonable para estas asombrosas

de este escritor son caciques despiadados, crueles, caprichosos y normalmente asesinos cínicos. Por supuesto, son malos padres: abandonan a sus hijos o los tratan con crueldad e indiferencia, como a verdaderos enemigos. El resultado es que los hijos los odian y ese odio a veces termina en un parricidio. Abundio mata a Pedro Páramo, su padre; Anacleto Morones es asesinado por su hijo adoptivo, Lucas Lucatero; al final de “La herencia de Matilde Arcángel”, se sugiere que Euremio Cedillo habría sido asesinado por su hijo. En el caso de los padres pobres, los que no tienen ni poder ni riqueza, la situación es completamente diferente. Son hombres moralmente íntegros, preocupados por transmitir sus principios morales a sus hijos, y por protegerlos. Don Lupe Terreros pertenece a este tipo de padres, a pesar de ser rico y poderoso. En este sentido es una excepción notable que hay que destacar.

Guadalupe Nava, el asesino de don *Cheno*, sufre cambios significativos al pasar de la realidad a la ficción. Es claro que Rulfo pensó que no le servía para su cuento un asesino adolescente, inseguro y cobarde. Quería colocar enfrente de don Lupe Terreros un enemigo de mayor peso. Por eso Juvencio Nava es un hombre de veinticinco años, seguramente casado y con un hijo, que sería el ahijado de don Lupe. Es normal que un hombre joven le pida a uno de mayor edad y más rico que sea el padrino de su hijo, pero no al revés. En consecuencia, el antagonista de don Lupe no es un muchachito al que nombran con un diminutivo *-Lupillo-*, sino un hombre joven y ambicioso, que quiere ocupar un lugar destacado en ese mundo mediante la fuerza, la audacia, la prepotencia, la crueldad y el cálculo despiadado. Un hombre que todavía no es “don” Juvencio, sino solamente Juvencio, pero que de llegar a serlo se convertiría en un cacique tan cruel y cínico como Pedro Páramo.

El paso de un asesino adolescente a un asesino adulto conlleva cambios significativos en el acontecimiento. Se mantiene como motivo central la disputa porque los animales de un campesino entran a pastar a los potreros de un vecino en una época de sequía; pero hay muchas modificaciones en los detalles. En el relato de Felipe Cobián los hechos son muy esquemáticos: los animales entran al potrero del vecino una sola

vez, esto provoca el regaño por parte de don *Cheno* y a su vez el regaño provoca el asesinato. Ahora se trata de una historia mucho más larga, a través de la cual se va revelando el carácter de los personajes y las consecuencias de sus acciones. Primero Juvencio Nava le pide a don Lupe que le permita alimentar a sus animales en los potreros empastados. Este se niega a aceptar la petición de su compadre y así comienza la pugna entre ambos. Cuando los animales se le empiezan a morir de hambre, Juvencio comienza a romper la cerca todas las noches y a echar sus animales, y don Lupe a repararla todos los días. Discuten muchas veces y no llegan a ponerse de acuerdo. Hasta que don Lupe, para poner fin a una situación que evidentemente lo estaba perjudicando, le advierte a Juvencio que si mete un animal más a su terreno se lo va a matar. Es una reacción muy mesurada ante el acoso cínico y descarado de su compadre. Juvencio responde con argumentos amañados y con una amenaza imprecisa, pero terrible: “-Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahi se lo haiga si me los mata” (p.113).⁸ Su argumento es amañado porque trata de aparecer como no responsable de que sus animales entren a los pastizales del vecino, en circunstancias que él mismo es quien rompe la cerca y los echa por las noches. Es amañado su argumento también porque elude la responsabilidad que tiene de alimentar a sus animales. En vez de comprar forraje o pagar por el talaje, quiere que su compadre se lo proporcione gratis, y para lograr esto adopta una actitud solapada y matonesca. La expresión mexicana “ahi se lo haiga” es una amenaza violenta, aunque no implica necesariamente el asesinato; sin embargo, parece que Juvencio Nava estaba pensando en el asesinato desde el principio.

Por eso, en una actitud de provocación muy clara, continúa rompiendo la cerca y metiendo sus animales en los potreros empastados. Don Lupe le mata un novillo. La respuesta es el asesinato: ataca a machetazos a su compadre y luego le clava una pica de buey en el estómago.

Parece haber estado esperando que su compadre le mate un animal para tener un pretexto para asesinarlo. Detrás de su prepotencia y atropellos, se esconde la mente de un asesino frío, calculador y alevoso. De esto deja huellas en su propio relato de los acontecimientos:

Y entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo. (p.113)

Es decir, Juvencio Nava tuvo en cuenta para cometer su asesinato los dos factores que podían representar algún peligro para él: la justicia y los familiares de su compadre. El peligro de la justicia se podía anular con un soborno de cien pesos. El peligro de la venganza de un pariente no existía, pues don Lupe sólo tenía a su mujer y a dos hijos muy pequeños. De nuevo Rulfo altera la realidad para lograr sus propósitos literarios. Su padre sí tenía hermanos y otros parientes, algunos de los cuales eran tan ricos y poderosos como él. Los cambios van mostrando claramente los objetivos del escritor en la elaboración del cuento. No quiere presentar la historia de un hombre rico, poderoso, respetable, padre protector de su familia; sino la historia de un asesino violento, despiadado, ambicioso, ventajista y calculador. Para esto los balazos por la espalda son sustituidos por machetazos y una pica clavada en el estómago. Un hombre que muere instantáneamente es sustituido por uno que agoniza por más de dos días tirado en un arroyo. Para esto también sirven los detalles que se conservan del suceso biográfico: tanto don *Cheno* como Don Lupe son asesinados por una “nimiedad”. Para esto también sirve que Rulfo establezca un parentesco espiritual entre la víctima y su asesino. Juvencio Nava y don Lupe Terreros son compadres. El vínculo religioso y moral que se establece con el compadrazgo es profundamente respetado por esta sociedad. Creo que es la principal razón por la cual los habitantes de Alima condenan el asesinato de don Lupe y repudian a Juvencio Nava.

En conclusión, el material autobiográfico está trabajado por Rulfo con una inteligencia y precisión asombrosas. Cada detalle que se conserva, que se deja de lado, que se modifica, que se agrega tiene un sentido riguroso para la historia que se pretende contar. Naturalmente, el sentido definitivo de esta historia sólo se puede alcanzar con un estudio íntegro del cuento. Sin embargo, un análisis del episodio del asesinato a partir de los materiales de la crónica familiar que utilizó el escritor puede establecer una base firme para avanzar en la interpretación de “¡Diles que no me maten!”.

Hernán Silva

Notas:

1. A una pregunta de Joseph Sommers, responde de la siguiente manera: “Bueno, es que en realidad nunca he usado, ni en los cuentos ni en *Pedro Páramo*, nada autobiográfico. No hay páginas allí que tengan que ver con mi persona ni con mi familia. No utilizo nunca la autobiografía directa. No es porque yo tenga algo en contra de ese modo novelístico. Es simplemente porque los personajes conocidos no me dan la realidad que necesito, y que me dan los personajes imaginados.” Véase en Joseph Sommers. “Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)”, en *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, Sep-Setentas, México, 1974, p.19.
2. Se refiere a la Guerra de los Cristeros, que ocurrió de 1926 a 1928. Véase Luis Harss. “Juan Rulfo o la pena sin nombre”, en *Los nuestros*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1968, p.308.
3. Véase Felipe Cobián Rosales. “Fue entonces cuando Rulfo vio a su padre asesinado”, en el vol. colectivo *Los murmullos. Antología periodística en torno a la muerte de Juan Rulfo*, Delegación Cuauhtémoc del Departamento del Distrito Federal, México, 1986, p.50.
4. *Loc cit.*
5. *Ibid.*, p.51.
6. En realidad se trata de un trabajo un poco más largo: el análisis abarca todo el cuento y la atención se concentra en los personajes, los acontecimientos y los puntos de vista narrativos. Y termina con una toma de posición frente a las ideas que los críticos han sostenido sobre “¡Diles que no me maten!”.
7. V. Felipe Cobián. “Sí, nos acordamos rebién del Juanito”, *Op. cit.*, p.55.
8. Todas las citas del cuento son de la edición a cargo de Carlos Blanco Aguinaga: Juan Rulfo. *El llano en llamas*, 3a. ed., Cátedra, Madrid, 1986.